

# Carta abierta a mi hermano Nacho

Alberto Martín-Baró, editor y escritor.

Querido Nacho:

Con tu cuerpo roto, no sé si desde donde estás no estando podrás leerme u oírme. No me hago la idea de que tu habitual lejanía se haya convertido de pronto, brutalmente, en ausencia total.

Tengo los ojos llenos de imágenes sangrantes. Me despierto de noche y veo tu cuerpo, tu cuerpo grande, tan familiar, tendido en el césped, boca abajo, sin vida. Tú, Nacho, mi hermano de 47 años recién cumplidos el 9 de noviembre, sin vida, muerto. No es posible. Debe ser un mal sueño, una pesadilla de la que pronto despertaré. Pero si tu eras, eres, la vida. Respirabas vida por los cuatro costados.

Cuando venías a España, en esas escasas visitas que esperábamos con emoción e inquietud, se abrían en nuestras existencias rutinarias inmensos paréntesis de luz, de actividad, de reuniones, conversaciones, encuentros.

“Viene Nacho”, se corría la voz en el círculo familiar. Y la noticia era como una sacudida eléctrica que desempolvaba lo mejor de nosotros mismos. Aparecías en el aeropuerto cargado con unas maletas pesadísimas. Y cargado, sobre todo, de proyectos: entrevistas, viajes, conferencias.

El tema obligado de largas charlas era tu amado pueblo de El Salvador, país al que te fuiste cuando tenías 18 años y cuya nacionalidad poseías. Un pueblo pobre donde los haya, un pueblo sufrido, desgarrado por una guerra civil que ya dura 10 años, atrapado entre el fuego cruzado de todas las opresiones, de todas las intransigencias.

A este pueblo te habías entregado en cuerpo y alma. Le habías dado tu tiempo, que era mucho, pues dormías poco. Cuando los sicarios de la muerte llegaron a vuestra residencia en el amanecer del

16 de noviembre, aún estabas levantado, vestido y trabajando. Le habías dado tu saber, que era aún mayor. Doctor en Psicología Social por la Universidad de Chicago, desbordabas ampliamente los límites de una especialidad. Y ese saber lo volcaste a espaldas en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Nos traías los últimos libros escritos y publicados por tí: *Psicodiagnóstico de América Latina, Haciendo la Universidad, Acción e Ideología: psicología social desde Centroamérica, Así piensan los salvadoreños urbanos (1986-1987)*. Nuestros padres tenían trasapelado en su casa un libro que les habías enviado en noviembre del año pasado para nosotros: *Primero, Dios*, relatos de *Carta a las Iglesias*, recopilado por María López Vigil. Me lo han entregado ayer. Entre las primeras páginas, una tarjeta tuya, manuscrita: “Queridos Alberto y Ana: ahí va ese librito, todavía caliente, que os gustará...”. El libro es estremecedor, un grito de esperanza de un pueblo que quiere vivir en paz y “ver crecer los maizales”.

Por mí, Nacho, ha pasado el huracán de un sentimiento de odio. Odio a los que, amparados por la oscuridad, incitados por el poder, con las armas en las mano, irrumpieron en tu habitación, te sacaron a la fuerza y te asesinaron ensañándose contigo. Odio a los que han dado la orden que ha puesto en movimiento de destrucción a esos escuadrones de la muerte. Odio a un Ejército y a un Gobierno que han permitido, si no directamente incitado, a la masacre. Odio a los dirigentes de Estados Unidos -gringos, les llamabas tú- que son los últimos o más bien primeros responsables de semejante barbarie. Pero el odio sólo genera más odio y más muerte. Quiero borrar de mi mente la imagen del mal, y de mi corazón la semilla del odio. Quiero pensar en tu vida, entregada, Nacho, a los pobres y a los humildes. En tu generosidad sin frontera, que nadie tiene más amor que quien da la vida por sus amigos. Tú

has dado la vida por los tuyos.

Tú, Nacho, y tus compañeros Ignacio Ellacuría, Segundo Montes (recuerdo con especial cariño a su hermano Santiago, muerto en accidente hace poco tiempo), Amando López, Juan Ramón Moreno Pardo y Joaquín López y López sois un lujo para esta humanidad.

Me queda en el alma, Nacho, tu risa ancha, tu voz fuerte, tu vitalidad contagiosa, tu análisis sereno de los problemas, tus manos grandes rasgueando la guitarra mientras cantabas *El pueblo unido jamás será vencido*, tu ilusión, tu empuje; tu cora-

zón, que no te cabía en el pecho. Sabías que te podían matar.

Tengo los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta. ¿Dónde estás, Nacho?. Quédate a nuestro lado, quédate con nosotros.

Estabas aún levantado, vestido, de camino. Tú no podías llegar a viejo. Tú serás para siempre mi hermano pequeño, el hermano más joven, el hermano que tengo en El Salvador.

En esa tu lejanía, convertida ya para siempre en inmediata presencia, recibe un abrazo de tu hermano Alberto.